XX Jueves del Tiempo Ordinario, Ciclo B

Primera lectura

Lectura del libro de los Jueces 11, 29-39a

Yo hice una promesa al Señor y ahora no puedo retractarme

[29]El espíritu del Señor descendió sobre Jefté, y este recorrió Galaad y Manasés,
pasó por Mispá de Galaad y desde allí avanzó hasta el país de los amonitas.
[30]Entonces hizo al Señor el siguiente voto: "Si entregas a los amonitas en mis
manos, [31]el primero que salga de la puerta de mi casa a recibirme, cuando yo
vuelva victorioso, perteneceré al Señor y lo ofreceré en holocausto". [32]Luego atacó
a los amonitas, y el Señor los entregó en sus manos. [33]Jefté los derrotó, desde
Aroer hasta cerca de Minit –eran en total veinte ciudades– y hasta Abel Queramím.
Les infligió una gran derrota, y así los amonitas quedaron sometidos a los israelitas.
[34]Cuando Jefté regresó a su casa, en Mispá, le salió al encuentro su hija, bailando al
son de panderetas. Era su única hija; fuera de ella, Jefté no tenía hijos ni hijas. [35]Al
verla, rasgó sus vestiduras y exclamó: "¡Hija mía, me has destrozado! ¿Tenías que
ser tú la causa de mi desgracia? Yo hice una promesa al Señor, y ahora no puedo
retractarme". [36]Ella le respondió: "Padre, si has prometido algo al Señor, tienes que
hacer conmigo lo que prometiste, ya que el Señor te ha permitido vengarte de tus
enemigos, los amonitas". [37]Después añadió: "Sólo te pido un favor: dame un plazo
de dos meses para ir por las montañas a llorar con mis amigas por no haber tenido
hijos". [38]Su padre le respondió: "Puedes hacerlo". Ella se fue a las montañas con
sus amigas, y se lamentó por haber quedado virgen. [39]Al cabo de los dos meses
regresó, y su padre cumplió con ella el voto que había hecho.

Palabra de Dios.

Salmo Responsorial

Salmo 40 (39), 5. 7-10

R. *¡Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad!*

[5]¡Feliz el que pone en el Señor toda su confianza, y no se vuelve hacia los rebeldes
que se extravían tras la mentira! **R**.

[7]Tú no quisiste víctima ni oblación; pero me diste un oído atento; no pediste
holocaustos ni sacrificios, [8]entonces dije: "Aquí estoy". **R**.

[9]"En el libro de la Ley está escrito lo que tengo que hacer: yo amo. Dios mío, tu
voluntad, y tu ley está en mi corazón". **R**.

[10]Proclamé gozosamente tu justicia en la gran asamblea; no, no mantuve cerrados
mis labios, tú lo sabes, Señor. **R**.

Evangelio

Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Mateo 22, 1-14

Inviten al banquete nupcial a todos los que encuentren

[1]Jesús les habló otra vez en parábolas, diciendo: [2]"El Reino de los Cielos se parece
a un rey que celebraba las bodas de su hijo. [3]Envió entonces a sus servidores para
avisar a los invitados, pero estos se negaron a ir. [4]De nuevo envió a otros
servidores con el encargo de decir a los invitados: "Mi banquete está preparado; ya
han sido matados mis terneros y mis mejores animales, y todo está a punto:
Vengan a las bodas". [5]Pero ellos no tuvieron en cuenta la invitación, y se fueron,
uno a su campo, otro a su negocio; [6]y los demás se apoderaron de los servidores,
los maltrataron y los mataron. [7]Al enterarse, el rey se indignó y envió a sus tropas
para que acabaran con aquellos homicidas e incendiaran su ciudad. [8]Luego dijo a
sus servidores: "El banquete nupcial está preparado, pero los invitados no eran
dignos de él. [9]Salgan a los cruces de los caminos e inviten a todos los que
encuentren". [10]Los servidores salieron a los caminos y reunieron a todos los que
encontraron, buenos y malos, y la sala nupcial se llenó de convidados. [11]Cuando el
rey entró para ver a los comensales, encontró a un hombre que no tenía el traje de
fiesta. [12]"Amigo, le dijo, ¿cómo has entrado aquí sin el traje de fiesta?". El otro
permaneció en silencio. [13]Entonces el rey dijo a los guardias: "Atenlo de pies y
manos, y arrójenlo afuera, a las tinieblas. Allí habrá llanto y rechinar de dientes".
[14]Porque muchos son llamados, pero pocos son elegidos".

Palabra del Señor.

Comentario:

La invitación del Rey al banquete es despreciada. Otros, no los importantes, no los poderosos, tomarán su lugar. Los pobres y marginados, los excluidos son los invitados al banquete. Pero hay un problema: uno no quiere ponerse el vestido de fiesta, insiste en seguir así como venía. Lo que se reprueba no es quién es el invitado, sino la actitud con la que entra a la fiesta. No acepta el cambio que se le propone. No hay conversión. No importa de dónde vengamos, no interesa nuestro pasado; lo que interesa es nuestro cambio de actitud, nuestro modo en que aceptamos la delicada invitación de Dios. El hoy, simbolizado por el vestido de fiesta, no admite dilación, espera, lentitud… la conversión es hoy, no mañana.

Meditemos:

1. ¿Me siento invitado a la Fiesta Celestial?

2. ¿Acepto la conversión que Dios me pide? ¿Me pongo el traje de fiesta?